



**EL DIOS
MÁS PODEROSO**

—O—

VIDA DE
WALT
WHITMAN

TONI MONTESINOS

Ariel

Índice

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Dedicatoria
- Presentación. Un pionero del autobombo
- Prólogo. Uno mismo como tema literario
- El Whitman periodista y narrador
 - Long Island, Brooklyn, Manhattan
 - Moralismo en la prensa
 - Novelas antialcohólicas y dickensianas
 - Descubrimiento del Sur
- La eclosión de Hojas de hierba
 - Emerson como referencia
 - Un nuevo lenguaje
 - La religión del cuerpo y el alma, del feminismo y el sexo
 - El camarada antiliterario
- El poeta enfermero en la guerra
 - Compañía y solidaridad
 - El enamorado paternalista
 - Redobles de tambor y el «capitán» Lincoln
 - Un demócrata obsesivo
- Una obra en marcha, una vitalidad en declive
 - El libro expansivo
 - Un gran amor y el arte de la alegría
 - Viajero en el oeste y Canadá
 - Enfermedad y fin en Camden
- Primer anexo. El destino de los EE.UU.WW. (Estados Unidos de Walt Whitman)
- Segundo anexo. Apelando al lector futuro
- Cronología de Walt Whitman
- Agradecimiento con historia personal whitmaniana
- Bibliografía
- Obras de Whitman en español
- Láminas
- Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

A los doscientos años de su nacimiento, la figura de Walt Whitman destaca aún como la voz poética más importante de la era moderna. Este libro recorre su vida —el entorno urbano e intelectual en el que se movió, así como su trabajo voluntario en los hospitales durante la guerra civil— y su obra, desde la escritura y autopromoción de *Hojas de hierba* hasta el trascendentalismo de *Redobles de tambor*.

Esta amena y exhaustiva biografía capta de manera extraordinaria el espíritu y la humanidad de Whitman, como periodista y narrador, como ciudadano de Brooklyn y Manhattan, como viajero que recorrió el Sur esclavista y disfrutó de la naturaleza canadiense, y como el poeta que alzó el canto de sí mismo e hizo de la alegría de vivir, la igualdad, la solidaridad y el universalismo su filosofía de vida.

Toni Montesinos

El dios más poderoso

Vida de Walt Whitman

Ariel

A mis hermanas

PRESENTACIÓN

Un pionero del autobombo

Brooklyn, junio de 1855. Un hombre de recién cumplidos treinta y seis años publica, de su bolsillo, un libro que no llega a las cien páginas y que ha titulado *Hojas de hierba*. En los emergentes estados de la Unión, no se ha escrito nada parecido, y le lloverán las críticas implacables, cuando no malintencionadas y hasta censuras judiciales. Es Walt Whitman, un poeta que incluso antes de ver las reacciones adversas que generará su obra se verá incomprendido y al que muy pocos reconocen como verdadero artista al comienzo; entre ellos, el pensador más importante del país, Ralph Waldo Emerson, que le mandará una carta elogiosa que el hasta ese momento prácticamente sólo periodista y narrador, más allá de algunos intentos poéticos en rima del todo olvidables, conservará como un tesoro, divulgándola siempre que pueda para reivindicarse.

Consciente de que estaba escribiendo algo nuevo y sin duda provocador, Whitman preparó, incluso desde la portada de su primer libro y mediante sus componentes tipográficos, que tan bien conocía gracias a su experiencia trabajando en imprentas, una exposición pública en calidad de poeta deslizándose, en paralelo, una manera de destacar, admirar y proteger su propia poesía para con ello compensar o neutralizar los comentarios despectivos que pudieran originarse. De tal modo que elaboró una estrategia de auto-defensa, de autopublicidad, única e impudorosa, a veces con un tono exagerado en la prensa, y otras a modo de re-

flexión literaria más sutil pero no por ello menos evidente, sobre todo en los extensos prefacios que incorporó a las diferentes ediciones de *Leaves of Grass*.

Lo hizo mediante dos caminos: hablando de manera pionera e hiperbólica de la grandeza de su país y de sus gentes, y deseando la llegada de un poeta que estuviera acorde con tamaña grandeza. Creaba así una comunicación estrecha entre el público que *necesitaba* a su nuevo cantor y el poeta que había aparecido para satisfacer ese vacío, que no era otro, oh, sorpresa, que Walt Whitman. «Los poetas de Estados Unidos deben abarcar lo viejo y lo nuevo, porque los Estados Unidos son la raza de las razas. En ellos, el bardo debe guardar relación con el pueblo»,¹ apuntó en un prefacio en que señalaba que los norteamericanos poseían la más completa naturaleza poética —significara esto lo que significara— que ha habido en todos los tiempos, que su población era el más grande poema.

Muy lejos de situarse como un intelectual engolado, sujeto al elitismo propio de los que podían dedicarse al mundo de las letras, Whitman entiende que el mayor factor que ha de explotar es el *otro* desde sí mismo, atendiendo a la Nación desde el Individuo, dejando claro que lo mejor de su tierra es «el común de las gentes. Sus maneras, lenguaje, indumentaria, amistades; la lozanía y candor de sus rostros; el desparpajo pintoresco de su porte...; su devoción imperecedera a la libertad».² El poeta que iba a adoptar una clara querencia por la política y no se cansaría de idolatrar a Abraham Lincoln —hasta mintiendo sobre el hecho de que lo conocía personalmente y que estuvo en el teatro donde lo asesinaron— decía que el genio estadounidense no residía en los miembros de la magistratura, ni en el cuerpo legislativo, ni en las instituciones universitarias y eclesiásticas, ni en los medios de comunicación. Él pensaba en sus conciudadanos, a los que vestía de un edulcorado idealismo describiéndolos como seres lejanos a la mezquin-

dad, comprensivos, curiosos, espirituales, tiernos... «Todo es también poesía sin rima, y espera el tratamiento gigantesco y generoso digno de ello», remataba.³

Tal tratamiento ya había llegado; tan sólo había que pasar unas pocas páginas y el lector podía encontrar materializado aquello que el prólogo formulaba como un deseo. Whitman, asimismo, en estas largas páginas introductorias se mostraba sensible a todo cuanto le rodeaba, ya fuera la naturaleza, los empleos de la gente sencilla, el mar, los inmigrantes, la esclavitud, la igualdad entre el varón y la mujer —la idea central que recorre todo su pensamiento y obra narrativa y poética—, en el que es su primer *catálogo* de observaciones, un recurso que se hará frecuente en sus versos. Servía ello para a continuación afirmar que, para estas cosas, se requería una expresión nueva, trascendental, que el poeta norteamericano tenía que transmitir. El poeta ya no es únicamente un escritor, sino un árbitro, más importante que el presidente de la nación, pues se trata del hombre ecuánime por excelencia, que acepta lo diverso y garantiza la igualdad en la sociedad, usando su arma más poderosa: las palabras, capaces de hacer brotar sangre.

Walt Whitman, refiriéndose a un país entero y a sus necesidades espirituales y literarias, no dejaba de hablar de sí mismo: de su capacidad para ver a lo lejos la verdad como nadie estaba en disposición de hacer, de su fe inquebrantable en la eternidad del ser humano, de su actitud de profeta, con claros elementos jesuíticos: «He aquí lo que debes hacer: amarás a la tierra y al sol y a los animales; despreciarás las riquezas; darás limosnas a todo el que las pida, defenderás a los imbéciles y a los locos; dedicarás a los otros tus ganancias y tu trabajo; [...] tendrás paciencia e indulgencia para con las gentes». Y como equiparando las sagradas escrituras que enfatizan ese mensaje de bondad y entrega a los demás, él mismo ofrecía su propia biblia que, como tal, todo el mundo había de tener siempre cerca: «Leerás estas *Hojas de hierba* al aire libre, en todas las es-

taciones de todos los años de tu vida». De esta manera, el lector iba a cuestionar todo lo que le habían dictado desde las iglesias o las aulas escolares o desde las páginas de los libros, y tendría recursos para desechar lo que ofendiera a su alma, y entonces «tu carne misma será un gran poema». ⁴

Poetizar al otro constituye uno de los hitos espirituales, morales, poéticos de Whitman, en un tiempo que había visto el surgimiento del movimiento trascendentalista, encabezado por Emerson, que defendía el hecho de que cada ser humano escondía dentro una divinidad, que había que mirar de cara, sin jerarquías filtradas por el dogma católico impuesto desde los púlpitos, al mismísimo Jesús. Cada cual, por lo tanto, podía convertirse en visionario, en un poeta al que nada podía irritar, para el que no había motivo de sufrimiento si en primer lugar imperaba el amor y la tolerancia. El estoicismo y la impassibilidad irrumpían así en el credo whitmaniano con este gran trasfondo ético, por más que el autor se deslindara de las reglas de la moral, siempre artificiales al lado de lo importante: el conocimiento del espíritu y el cultivo de la sencillez, un rasgo con el que coincidirá con un alma afín en muchos aspectos, Henry David Thoreau, el escritor naturalista que más ferozmente criticó la sociedad de su tiempo y que llevó un experimento solitario —del que saldría otro de los libros clave de la modernidad literaria americana, *Walden*— permaneciendo en una casa construida por él mismo algo más de dos años frente a una laguna.

Convocar al lector a que acompañe su libro es una tre-ta fabulosa, que nace en ese prefacio y se distingue como un factor fundamental en toda su poesía, hasta el punto de que el visitante de su obra en el siglo XXI lee *en presente* sus hojas poéticas, tal es la habilidad del autor para dirigirse a las generaciones venideras, pues no en vano advierte que el pasado, el presente y el futuro están unidos, y es tarea del gran poeta formar «la consistencia de lo que va a

ser, de lo que ha sido y es».⁵ Whitman, así las cosas, le pide al lector que esté de pie a su lado, mirando un espejo común; su cebo es la equidad, al asegurar que el bardo norteamericano no tendrá preferencias ni dará directrices a persona alguna. «Siempre tomo lo que viene: patadas, bendiciones, cualquier cosa»,⁶ le dijo a uno de sus albaceas literarios, el cual registró en varios libros las conversaciones mantenidas con Whitman en su vejez. De manera coherente, en el prefacio de 1855 en que ya está *todo* Whitman, se respiraba el carácter abierto, de aceptar a cada cual como sencillamente es, siempre teniendo en mente la búsqueda de la felicidad como primer objeto filosófico. En conclusión, podría decir *dejad que los lectores se acerquen a mí*, apelándolos, convocándolos para una causa suprema, el renacimiento de todo un país mediante el nacimiento de una obra artística que reflejaba a una nación de naciones.

Whitman intentó atraer a cualquier ser humano diciéndole que todo cuanto hiciera o pensara era importante, que un gran poema era para todas las épocas y para todas las personas, para todos los estados y caracteres, que lo que era válido para él mismo, un hombre norteamericano, lo era también para el resto del mundo; una aspiración esta innovadora en el terreno de las letras, una estratagema insuperable al proyectarse a todo el planeta, a todos los tiempos. Naturalmente, tal direccionalidad exigía un total compromiso sincero por parte del emisor, una característica que Whitman emparenta con el poeta verdadero, dado que la virtud de la franqueza constituía para él una excelente puerta de entrada para conquistar el mundo interior y el mundo exterior; no obstante, para que dicha sinceridad brillara y sirviera de engranaje con el otro, con los otros, era necesario un lenguaje adecuado, un, lo llama así, dialecto del sentido común. «Es la lengua de elección para expresar el desarrollo, la fe, el amor propio, la libertad, la justicia, la igualdad, la cordialidad, la amplitud, la prudencia, la resolución y el valor. Es el instrumento que expresará casi hasta lo

inexpresable»,⁷ explica, sabedor de que se ha impuesto un doble objetivo: consignar en versos aquello que solamente puede tener un acomodo poético, pues parte de su materia lírica procede de lo intangible (de lo espiritual, del amor, de lo religioso) y del hecho de hacerlo con un lenguaje misceláneo, heterodoxo, muchas veces coloquial y hasta malhablado.

Con todo, esta sinceridad que enarbola por escrito podría cuestionarse perfectamente —a lo largo de toda su vida, como se verá, además— desde el momento en que el ofrecimiento de su poesía generaba también una campaña de autopromoción engañosa por hacerla de modo anónimo, o bien por intentar dirigir opiniones ajenas para su propio beneficio. El prefacio de las *Hojas de hierba* de 1855 acababa diciendo: «La prueba de un poeta consiste en que su patria lo absorba tan amorosamente como él la ha absorbido a ella»,⁸ en lo que es un anhelo impaciente y meridiano y que justificaría esa ansiedad por parte de Whitman de no ser únicamente aceptado por los demás escritores, por la prensa, por el público; había un más allá: un ser *absorbido* —un término cuyas acepciones están ligadas a la física y a la biología, nada inocente, pues, para quien poetizó, celebrándolo, el cuerpo en el territorio sexual—, o, si buscáramos una traducción más simple, *asimilado*, en todo caso, comprendido, digno de atraer la atención de los demás.

Whitman pasó toda su existencia intentando conseguir tal aceptación y en ocasiones, visiblemente afectado a tenor por cómo lo describía por escrito o en charlas con los que serían sus biógrafos, lamentando que el beneplácito unánime que deseaba no se produjera en ciertas etapas o desde ciertos lugares o publicaciones. Y es de entender algún grado de frustración al respecto viniendo de un hombre que se sirvió de los periódicos para enaltecerse a sí mismo, divulgar su marca, su producto, cual agente comercial del siglo XXI. Él mismo, en una nota anónima para la pri-

mera edición de *Hojas de hierba*, se describió así, incorporando a la publicidad literaria la visual y más personal: «¡Por fin un bardo americano! Uno de los personajes burdos, grande, orgulloso, afectuoso, comiendo, bebiendo y engendrando, su vestimenta varonil y libre, su rostro quemado por el sol y barbado, sus gestos fuertes y erguidos». ⁹

Era la esperada llegada del mesías poético, que Emerson había verbalizado en una de sus conferencias. Ahí estaba por fin, ya había surgido misteriosamente mediante un pequeño libro salido de una imprenta de Brooklyn, pero se necesitaba que alguien, como en el supremo caso del Sabio de Concord, fuera receptivo ante tal aparición, en verdad, que ese alguien que podría encarnarse en la figura de ciertos escritores en realidad fuera un alguien plural y multitudinario. Había que hacer a toda costa que *Hojas de hierba* no fuera un libro más y pasara inadvertido, pese a que su título no demostrara demasiada originalidad, pues como indica Jerome Loving en su biografía del escritor, el uso de la palabra «hojas» en los títulos de los libros «era común en las décadas de 1840 y 1850», ¹⁰ si bien, en el caso de Whitman, el título podía esconder alguna referencia indirecta al trabajo de impresor que había desempeñado en su juventud y que le llevaría a «experimentar con la página impresa y ver cómo se “traducían” sus creaciones manuscritas. Este eventual entretenimiento, común entre impresores en sus horas libres, generaba lo que en la jerga del oficio se conoce como “hierba” (esto es, composiciones de discutible valor)». Asimismo, las «hojas» eran también las páginas, claro está, pero había que considerarlas a la vez «en el sentido de fajos de papel»; una explicación sobre el título de Whitman que «no es tan transparente como la convencional, según la cual la hierba es un símbolo trascendentalista de la naturaleza». ¹¹